

me reciteis mas versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demas no serán mejores: callad por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

—Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composicion pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamás de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *proh dolor!* ni sé cuando me verá con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! oh ignorancia! oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! yo sin haber almorzado todavía! yo debiendo cincuenta reales al P. Procurador del Cármen por los alquileres de mi desvan! yo que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sanchez de Matrimonio!* yo que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta! yo que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¿Quién ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? quien ha hecho callar á tanto hombron erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfon armónico? Si señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe: ¿qué sería ¡oh Cilenio raudol! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? Pero ¿qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo.... — El mismo infierno con todas sus furias desatadas deis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio: ¿qué es esto? ¿No os he dicho ya que calleis? ¿Os estaréis hablando hasta mañana, parlanchin ridiculo? Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una

sola palabra, os desuelle vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y que pesado es el pedanton, y que insolente!

—*Parce domine,* » respondió el coplero, y no bien habia abierto la boca para decirlo, cuando el Alipede alzó el puño en ademan de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron pues en un salon magnifico y espacioso: el pavimento y las paredes eran de esquisitos mármoles, la decoracion corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Allí se veian los orígenes de las artes y los progresos del talento humano, muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veia á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió despues á materias mas durables, variando segun la mayor ó menor consistencia de ellas la proporcion de sus edificios. A otro lado los Egipcios daban principio á la geometria, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su origen la pintura, perfeccionándose despues lentamente con la invencion casual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio fiados á un tronco mal seguro; una gran multitud admira-

ba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los Arabes y Caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demas astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponía sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y mas allá los Fidas, Lisipos y Praxíteles daban á los mármoles y broncees tan elegante forma, que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducía á los hombres en vida social, les daba leyes, y les persuadía la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos Chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solon, Licurgo y Numa establecian leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á mas distancia se veian florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el P. Homero, á quien rodeaban con admiracion los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Píndaro al son de la lira celebraba con sublime verso las victorias istmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacia aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Leucate al mar, y repetía muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudía la juventud de Grecia á escuchar en las Academias, el Liceo y el Pórtico las aus-

teras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófoles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió despues para oscurecer la gloria de cuantos le habian precedido. En otra parte Demócrito y el divino Hipócrates, reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mustios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovía al pueblo ateniense; le persuadía por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; escitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milciades, Conon, Cimon y el justo Aristides; y oponiéndose por una parte á todo el poder de Filipo, y por otra á la envidia, la calumnía atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veía á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su país, y perecia con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las Musas le acompañaban inmediatas al solio; y los mas célebres poetas españoles, segun la edad en que florecieron, así ocupaban por su órden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demas al ver su figura ridicula, porque era el hombre la mas triste vision que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de

un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrían el rostro. Revolvíase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arameles por las orillas á modo de randas ó cucharero; sus movimientos eran mas vivos de lo que su edad prometía, la acción teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

«Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba: él te dirá lo que deseas saber.» Y acercándose á él, le dijo al oído: «Mirad, señor, que aquí no os sufrirán disparates; decid claramente quienes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en mas repulgos; porque si así no lo hicieris, témeme mucho que mi hermano os mande freir y echar á los perros, segun le he visto de mal humor esta tarde;» y habiendo dicho esto, se fue volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro, encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesias, y quedó aguardando el permiso de hablar. Diósele Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera:

«Reverberante Númen, que del Istro
Al Marañon sublimas con tu zurda,
Al que en ritmo dulcisono te urda
Elogio al son del cimbalo y del sistro:
Si la aligera prole de Caistro
Blandos ministra acentos á mi burda
Armónica pasión, ay! no te aturda
Ver rompo de tu timpano el teristro.
La nubigena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro,
Me lleva en alas del Ouest y el Austro.
Y hurtando á las Memnósides el plectro,
Hoy me intrumito en el fulgente claustro,
Obstupefacto, á venerar tu espectro.»

Reventaba Apolo entre la indigna-

ción y la risa; las Musas se tendían por los suelos dando exorbitantes carcajadas; los poetas se miraban unos á otros sin saber lo que les sucedía; y el badulaque, muy satisfecho, se disponía á proseguir disparatando en culto: pero Francisco de Rioja que estaba inmediato, le dijo: «Ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que le declameis versos tenebrosos: lo que únicamente quiere es.... Ah! dijo él de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes: pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro
Proteges, honras al que versos urda,
Rauca mi lira atiende tosca y burda,
Simil no mucho á resonante sistro.
Que si tal vez alado el de Caistro
Pájaro dulce en la ribera zurda,
Hace canoro que fugaz aturda
Su voz, rompiendo el diáfano teristro;
No ya disimil yo, si el Indio electro
Prestarme gustas, que veloz al Austro
Sones encarga de curvado plectro.
Métricos mucho al eminente claustro
Llevaré ritmos; oh divino espectro!
Que el cenit giras en ebúrneo plaustro.

— ¡Hola ministros! dijo Apolo; al instante coged á ese hombre, atadle y enviádselo á Pluton con un recado mio, para que se le entregue á los genios tartáreos y le atormenten con los suplicios mas atroces. ¡Que desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevadle, digo; no quiero verle.»

Esto decía el dios bermejo con tales ademanes, que manifestaban demasido su cólera; pero las Musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograrse el fin á que era traído, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á

Apolo; pero al fin se moderó algun tanto, habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volvería á decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menester; y él mientras esto sucedía, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan, y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una canción estigia que pensaba recitar á Tesifone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de todas las Furias; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y don Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir en la indignación de Apolo.

«Haré cuanto me decís, respondió despues de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narracion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio delífico, deidad esmíntea, el suceso es este.

«Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguan, somos alumnos vuestros; la divina Poesis fue nuestra delicia desde los años infantiles; hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiración; basta esto, *sufficit*, para noticia preliminar: pero reflexionemos.

«¿Qué es poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llama-

das versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composición? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un *Rengifo* por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria además de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

«Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro *Rengifo*, que hemos pasado toda la vida en esta ocupación, y que altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas; ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quien nos disputará este honor? *Dicite Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

«Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cual debe ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras? coser zapatos? alquilar camas? vender achicorias? Claro es que no; claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo: así pues, siendo poetas, debemos poetizar y no otra cosa; debemos ilustrar á la Nación, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

«Pero esta nación ingrata, ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros procurando su felicidad y su gloria la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente, de conocimientos profundos; sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido

segun la hemos visto decadente y mal parada.

«Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego) cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable ya protervo, envió á la patria prosperidades ó desdichas.

«Se ajustó la paz, coplas á la paz: nacen los Gemelos, coplas á los Gemelos: nace nuestro príncipe Fernando, coplas á don Fernando: se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

«Pero ¡con que novedad, con que acierto lo hemos sabido desempeñar! ¡Que felices invenciones las nuestras! oh que felices! ¡Oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¡Oh Jacob y Esaú! oh Rómulo y Remo! con que oportunidad la Providencia os hizo nacer de una ventregada! ¡Y con que gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangónizamos mellizos á mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra Princesa habia dado á luz un Esaú brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es mas fíndo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérdidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

«Y qué diré del sutil arbitrio que discurríamos para formar las fábulas de nuestros poemitas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido pa-

ra sí, y trazas llevan de no soltarle hasta la consumacion de los siglos.

¡Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido: ¿se trata por ejemplo de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo?

El poeta no tiene mas que acostarse y apagar la luz. A media noche se le aparece un trago, una ninfa ó cualquiera otro personaje alegórico, con gran concurso de geniezuelos al rededor; y este tal personaje reprende al vate su modorra y su pigracia, le manda que se levante inmediatamente y que escriba esto, y aquello, y lo de mas allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte, que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pio, y acabarse el poema, todo es á un tiempo. Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas; con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla del rio, al otro cogiendo el sol en un cerro; pero siendo el fondo de la ficcion el mismo, siempre es el mérito igual, y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

«¿Y el estilo? y la versificacion? y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? no es particular? no es admirable? Desde el ovillo mas diminuto y vil, á las octavas mas retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produjeron? ¿No es cierto, señor, que con esta irrupcion de coplas, con este chorroborro pe-

renne de versos hemos llevado al mas alto punto de perfeccion el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo á los mas célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

«Así nos lo persuadíamos: con este fin trabajábamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria. *Pan curat oves, oviumque magistrus*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

«Pero ¿qué sucedió? ¡Oh iniquidad! oh livor! oh influjo adverso! ¿Qué sucedió? Que asi como el murciélago torpe (*vespertilio* le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros), que así como el murciélago torpe que busca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril asiéndole una de sus aurículas, le estrajo con violencia de su lobreguez apétecida, no pudiendo con cececiente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan al orbe, forceja, y se resiste, y bate las alas membranáceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido; de la propia manera, no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponia la opacidad de su insipien- cia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo mas cruel.

«Este fue el galardón, esta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios: despues de habernos recocado los sesos en amontonar erudicion gentilica, histórica y dogmática; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrada ocu-

pacion ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo que nos hallaba en vela todas las noches, *Bella per Emathios plus quam civilia campos*, como dijo no sé quien, en no sé qué libro.

«Pero como por especial favor de la Providencia así somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurríamos no ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos, á quien vuestro celeste incendio mas inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y correccion, que algunos invidios traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan económicos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á extractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la nacion gran cantidad de epigramas, díchicos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspirámos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ¡Oh como regurgitámos ciencia por todas partes! ¡Oh que traducciones hicimos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ¡Y que comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y que apologias del teatro! digo de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo,

si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente; bien es verdad que según él está arreglado, parece que se hizo expreso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; así lo hacemos todavía, allí retumbamos, y ¡oh nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesión!

«¿Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculación, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo, sobre la excelente moral de los Caribes y Hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros, sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches... ¡Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste! ¿Porqué, así como somos universales en la ciencia, no somos universalment evenerados? ¿Porqué, siendo tan desafortadamente instruidos, nos llaman pedantes? ¡Pedantes! Anátoma cruel que nos sigue por todas partes, y nos estremece y horripila.

«Ya en algún modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuan pocos elogios hemos merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigilias, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que quiere decir: el sapiente aplaude al sapiente.

Pero esto dura ocho días: el público se desengaña, ó nosotros por un quitame allá esas pajas nos estropeamos á garrotazos en un portal; y la discordia, que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilión, nos conduce al hospicio, ó nos reduce á la sopa de un convento.

«Pero en el *hic et nunc* en que tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable vuestra desgracia, cuando circuidos de horrores y saltos de consejo hollábamos caliginoso pavor, y palpábamos atezadas lobregueces, *ecce Corinna venit*, *ecce* benigna rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias va á tener un Príncipe, la Nación le jurará sucesor al trono de su padre, Madrid previene regocijos, y esta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurrección.

«Queremos cantar, si señor, queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del príncipe don Fernando con la misma gracia con que desempeñamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no arrojemos décimas y octavas como el puño. Volveremos á extasiarnos y á dormirnos; y cruzarán por esos aires á media noche, al son de los chirriones de la limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa vision desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heroicos y romanzones, que será una confusion.

«¿Y los toros? ¡Oh mi Dios! ¡Los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias esquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan,

para los que no se caigan, para los que corran, y para los que no puedan correr! ¡Y qué de cosas tenemos discurridas para las lunadas fieras, y que lindas comparaciones en que saldrán á lucirlo los toros de Colcos, los toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Fálaris, el toro de san Márcos, el toro de Europa, y el toro *pater!*

«Queremos pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas: no ha de haber poste, ni esquinazo, ni guardaruedas, ni registro de cañería, ni bola de puente que no engrudemos de alto abajo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habrá Diario, ni Gaceta, ni Biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras.. Pero ¡ay, cirreo Númen! ay, reverendo Calarista fulgido! ¡Como nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

«¿Qué harémos desamparados é inermes contra la osadía de tantos críticos que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *productior acta*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor ¡oh deidad crinada y arcitenente! Aquí imploramos toda vuestra beneficencia para podernos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

«Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretension que nos ha conducido á vuestro portal angusto; antes en su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente, firmada y sellada según estilo, en la cual se espese que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos á publicar, de las cuales y de sus autores han dicho y dirán los

envidiosos críticos tantas perrerías, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Diréis además que nosotros los que tales obritas hicimos y harémos, no somos poetillas hueros, trasgos ridiculos, ni cuervos raucos; sino filomenas dulcisonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobacion hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta soltar la piel. Diréis que para que la Nación acabe de iluminarse, es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al público, ya en papelillos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la Corte, en sus librerías y concurrencias, ó ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Diréis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudicion, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiéndole que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente amonesta, y en caso necesario manda y condena á todo erudito que sepa deletrear, á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupcion poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura del nuevo Príncipe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita, para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

«Tal es, señor, nuestra pretension: con este deseo abandonámos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallámos á la falda de ese bifronte cerro: comenzámos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos inicuos; pero apenas hubimos salido de los pasos mas peligrosos, cuando hallámos nuevas dificultades. En una floresta sombría que el abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el céfiro las alas sutiles ungidadas en aromas índicos... pero en vuestro ceño, radiante Númen, advierto no sé que displicencia que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos: sigo pues adelante.

«En esta, como dije, deliciosa mansion de Flora descubrimos un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no nada inermes, y mucho menos que nada tácticos y tranquilos: comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicimoslo así: nos preguntaron ¿quienes éramos, y á qué veníamos? respondimos á todo; y sacando el que parecia gefe de los demas un volúmen membranáceo, leyó en él no sé que índices ó apuntaciones; y al acabar nos dió por respuesta ¡oh respuesta amarga, mas que las adelfas y el absintio pónico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonoros elocuentes vates, sino por copleros adocenados y misérrimos; que nuestras obras se habian examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero; que Apolo nos habia maldicado solemnemente en pleno consistorio hasta unas cuatro docenas de veces; y que seria ofenderle el dar un solo paso adelante.

«Esto nos dijo Luzan, que así pa-

rece que se llamaba: si fue lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del dia, consideradlo mientras lo restante patentizo.

«Replicámosle, como era razon; sacámos para su desengaño nuestros manuscritos; no quiso verlos; y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representámos humildes: negóse discoloro; y encendido en cólera fulminó dicterios y amenazas. Ya era justísima la vindicta: arremetimos intrépidos; dimos con él en tierra; acudieron gentes en su ayuda; trabóse bélica porfia, y fluctuámos en incierto Marte, hasta que el Cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumphe*, quedando en el campo casi difunto el gefe, y los mas de sus atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados, ó mütiles.

«Seguimos adelante; y si bien advertimos que nuestra victoria habia alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra, proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcázar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portentoso, y nube desaparece.

«Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas; pero fue vana su pretension: llegámos á los umbrales venerandos, que saludámos humildes, y al pisar los atrios magníficos vimos unidas pedestres haces que comenzaron á disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traia; pero interrumpiendo gárrulos el apologético discurso, fundibularon sobre nuestras vértices poderosas lápidas, á cuya ruptura hostil siguió el combate mas desesperado y sangriento.

«Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letifera Tesifone á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando téttricos los opuestos milites, daban al Bóreas fragoso estrépito, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutia. El Númen beligero, embrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba iracundo fatigando los ejes férvidos, y agitando flagelífero cuádriga indómata. No de otra manera fulgurando el éter, se precipita rápido....

— Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo; calla, y no abuses mas de mi paciencia: vete, y di á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamás los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su nacion y á mi que los he despreciado siempre por no destruirlos!

«¿Que enjambre es este de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿Que enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en donde están aquellos pocos que deberian oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridiculo que dictó la envidia, la demencia, ó el interés abatido y sórdido? ¿En donde están?

«Cierto es que en todos los países, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo, animados de los dos grandes estímulos que mue-

ven al hombre, el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demas, y uno, uno solo basta para hacer gloriosa á la nacion que le produjo.

«Pero ¿que especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Porqué los que debian escribir callan, cuando los que aun no saben leer escriben? Qué? ¿Tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan comun será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupcion, á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporcion para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los ejercicios útiles, se abandona instigada de la necesidad á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

«¿Vacilaréis siempre entre las contradicciones mas absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los estrangeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la mas crasa ignorancia, ó de la mas frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridiculo en las otras lenguas que no traduzcais á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atreveis á tocar, porque habeis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

«¿Y que traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastante ninguno de los dos idio-